

Breves apuntes sobre las (supuestas) ánforas cretenses de Alcalá de Guadaíra (Sevilla) y su contexto arqueológico

LUIS GETHSEMANÍ PÉREZ AGUILAR¹

Doctor en Historia

LIVIA GUILLÉN RODRÍGUEZ²

Magíster en Arqueología



INTRODUCCIÓN

En este trabajo pretendemos corregir y concretar la adscripción cronotipológica y cultural de una serie de ánforas localizadas en la década de 1960 en el yacimiento arqueológico de la Necrópolis del Rosalejo (Alcalá de Guadaíra, Sevilla), vinculada funcionalmente al cercano asentamiento de la Venta El Parrao. Estos restos, junto a otros, fueron hallados fortuitamente por los trabajadores agrícolas de la finca de El Rosalejo, en las inmediaciones de la carretera de Alcalá de Guadaíra a Morón de la Frontera. El descubrimiento de este sitio arqueológico, a todas luces una necrópolis rural de época altoimperial romana, tuvo pronto eco mediático en la prensa del momento.

A pesar de ello, en el sitio no se acometió ninguna excavación arqueológica guiada por criterios metodológicos científicos, aunque los testimonios parecen indicar que el lugar de los hallazgos fue visitado por F. Collantes de Terán y Delorme, profesor de la Universidad de Sevilla. Por entonces, un grupo de jóvenes alcalaños «aficionados» a la arqueología, autodenominado «Los Amigos de la Arqueología», acudieron al yacimiento a desenterrar restos, aunque sin criterio científico alguno. Al menos uno de tales aficionados interpretó estos recipientes como «ánforas cretenses»

1. Doctor en Historia. Investigador contratado Juan de la Cierva-Formación. Instituto de Arqueología de Mérida (CSIC-Junta de Extremadura).

2. Magíster en Arqueología. Miembro del Grupo de Investigación de la Universidad de Sevilla *De la Turdetania a la Bética* (HUM-152).

(Romero 1975). La rectificación cronotipológica que hacemos de éstas, junto al análisis de otros elementos de la cultura material localizados en el mismo lugar del hallazgo, permite corregir y ampliar la interpretación del yacimiento arqueológico al que pertenecen.

SOBRE LAS ÁNFORAS Y SU HALLAZGO: ENTRE LA PRENSA REGIONAL Y EL ANECDOTARIO LOCAL

El miércoles 17 de marzo de 1965 salía publicada una noticia en el *ABC* de Sevilla relacionada con el hallazgo casual de una necrópolis altoimperial romana en el término municipal de Alcalá de Guadaíra, en la finca de El Rosalejo. Según se desprende de la nota de prensa, la localización de los restos arqueológicos tuvo lugar entre los días domingo 14 y lunes 15 de marzo de dicho año, personándose el periodista de *ABC* el martes 16 en el lugar para recoger el testimonio de los informantes a pie de campo:

La finca «El Rosalejo» está en el kilómetro nueve de la carretera de Alcalá de Guadaira a Morón de la Frontera. Allí, de manera fortuita, se ha producido un hallazgo arqueológico que bien puede considerarse como primicias.

Un redactor de ABC visitó ayer tarde dicho lugar y dialogó extensamente con algunas de las personas que participaron en el descubrimiento.

El aperador, Francisco Romano Jurado, de treinta y siete años, manifestó que desde hace algún tiempo era relativamente frecuente encontrar trozos de manufacturas de barro, en particular losas, sin que se le concediera mayor importancia. Tuvo que mediar un curioso fenómeno para que el hallazgo de estos días se produjera. El arroyuelo de La Salud marcaba una de las lindes del cortijo. Hace pocos años se desvió en varios metros hacia el interior del mismo. Francisco Romano lo atribuye a las riadas y al carácter suelto del terreno. La acción de las aguas fue provocando la natural erosión, hasta dejar al descubierto nuevos objetos de barro, aunque empotrados en el terreno.

El domingo, al parecer, se decidió a retirar alguno, para lo cual solicitó la ayuda de otros obreros. Con el mayor cuidado fue extraída una losa, bajo la cual apareció un barro negruzco en el que apreciaron una substancia, posiblemente oleaginosa. Difundida la noticia, acudieron varios jóvenes alcalaureños aficionados a la arqueología, los cuales coadyuvaron a la tarea.

El lunes prosiguieron los trabajos. En otro lugar próximo, y siempre a la orilla del arroyuelo, se practicó una cala y encontrada resistencia procedióse a la excavación, en la que se llegó a una profundidad aproximada de un

metro y medio. Fueron extraídas tres ánforas grandes, enteras, y dos fragmentadas, estas últimas más a flor de tierra.

Los puntos explorados fueron varios y en todos ellos se produjeron hallazgos. Así, en uno aparecieron dos ánforas pequeñas con dos monedas de cobre. En otro, varios platillos labrados en barro de color rojo, uno de los cuales estaba roto, y una moneda más. También se encontró un cráneo humano, al que se volvió a dar tierra, así como muy pequeños trozos de osamenta -excepto un hueso de quince centímetros, posiblemente de una tibia- mezclados con el barro negruzco al que nos referimos anteriormente. En total las losas halladas fueron cinco. Son lisas con reborde y no presentan inscripción alguna. Uno de los obreros manifestó que había aparecido también una vasija grande de barro, una especie de cántaro que ofrecía dos figuras humanas grabadas. Otro se refirió a un recipiente comparable a un florero, de materia parecida al vidrio.

De los hallazgos se dio cuenta a la autoridad municipal, que se hizo cargo de los mismos. Pese a las intensas gestiones realizadas, a nuestro redactor sólo le fue posible ver una de las ánforas grandes, deteriorada en el fondo durante la extracción, y dos espuelas con los fragmentos de ánforas que habían aparecido destrozadas.

Aunque los materiales hallados no han sido todavía objeto de examen técnico, se aventura que las monedas fueron acuñadas durante el mandato del emperador Claudio, lo cual permitiría datar el hallazgo en el primer siglo de la Era cristiana.

Por lo demás, el suceso ha causado menor impresión de la que pudiera suponerse, ya que está en el ánimo del pueblo la certeza de que el término de Alcalá oculta multitud de vestigios arqueológicos. Al respecto se informó a nuestro redactor de la existencia de un pago al que desde hace mucho tiempo se denomina «Queiebrarreas», precisamente por las dificultades que a la labor de arada presentaban con frecuencia los materiales enterrados a escasa profundidad (ABC 1965: 61).

Asimismo, en las páginas iniciales de dicho número del periódico *ABC* se publicó un conjunto de cuatro fotografías (fig. 1). La imagen superior izquierda muestra una de las ánforas romanas recostada en el suelo. La fotografía superior derecha ilustra la visita que el periodista hizo al lugar del hallazgo. Abajo a la izquierda se publica una foto con un par de espuelas que albergaban fragmentos de contenedores cerámicos, aparentemente de la misma tipología que el ánfora fotografiada. Mientras que en la imagen inferior derecha aparece, en primer plano, un par de lugareños, mostrando uno de ellos un ejemplar del material latericio romano con el que se habían construido las cubiertas de las tumbas.



Ilustración 1: Fotografías publicadas en el *ABC* (1965: 5) sobre los hallazgos arqueológicos de la necrópolis romana del Rosalejo (Alcalá de Guadaira, Sevilla).

La lectura de esta noticia nos permitió deducir que, probablemente, los “jóvenes alcalaños aficionados a la arqueología” que se personaron en el sitio se correspondieran con el grupo autodenominado «Amigos de la Arqueología». Como alguno de sus miembros ha dejado por escrito, este grupo operó en Alcalá de Guadaira (Sevilla) fundamentalmente en la década de 1960 (García Rivero 1997: 409-423; García Rivero 2006: 410). Gracias a este dato hemos recabado las anécdotas que dos de sus miembros llegaron a publicar sobre estos hallazgos arqueológicos.

Según informa F. García Rivero en su obra *Cronicas y Memorias de Alcalá de Guadaira*:

Al borde de la carretera de Morón unas intensas lluvias dejaron al descubierto unas ánforas, que varios aficionados rescatamos antes de que fueran robadas o destrozadas. Se sacaron del blando barro y llevamos tres al ayuntamiento, donde el alcalde Don Pedro Gutiérrez que permanecía en su despacho, en un solitario Ayuntamiento, ya de noche, nos agradeció el detalle. ¿Quedará alguna?

Eran de un desconocido cementerio romano, y después fuimos varias mañanas de domingo a localizar alguna tumba más, y en la tierra ya endurecida localizamos una, que sin tocarla, contactamos con Don Francisco Collantes de Terán que vino a descubrirla; resultó ser la de un incinerado que tenía su moneda de Claudio, o sea, que había existido en Alcalá hacía muy cerca de dos mil años. ¿Por qué aquí este cementerio? Me falla la imaginación (García Rivero 2006: 409).

Unos años antes este mismo autor alcalareño escribía también:

[...] otra casualidad puso en movimiento a los aficionados: un arroyo de agua de lluvia, que había cambiado su curso, en terreno del Cortijo Rosalejo, al borde de la carretera de Morón, dejó al descubierto un ánfora romana y, al tocarse un poco la tierra encharcada, aparecían más.

Era una tarde lluviosa cerrada; Curro Rueda llegó a buscarme porque se hacía de noche y había unas ánforas entre fango, que podían perderse o ser destrozadas si se quedaban allí. Con una furgoneta fuimos por ellas; anochecía entre nubarrones muy oscuros que daban al atardecer una coloración gris-marrón.

En el lugar, Carlos Gutiérrez Pallarés, en un gran hoyo que le llegaba a la cintura, metido en barro y agua hasta media pierna, luchaba infatigablemente con las manos y una pequeña herramienta contra la tierra pegada a un ánfora, que iba desprendiendo poco a poco de aquella argamasa encharcada, casi acariciándola.

Varias ánforas más estaban tendidas en tierra; cuatro o cinco personas, entre las que se encontraba Manolo Troncoso, concejal de cultura de entonces, miraban con nerviosismo la proximidad de la noche y la lluvia. Esta amenazó de nuevo con fuertes rachas de viento y agua de muy gruesas gotas sueltas que hacían estremecer.

Carlos, nerviosamente, se afanaba mojado y lleno de barro por todas partes [...], pero tocando ya solo con las manos el ánfora, que se le resistía. Estábamos profanando tumbas de dos mil años de antigüedad; el lugar solitario en la gran llanura baldía no denotaba en lo más mínimo lo que significó.

¿Dónde estaría el poblado, aldea o finca, que escogió aquel lugar para enterrar a sus muertos?

Estábamos rompiendo un silencio sagrado, una paz hasta entonces secreta.

El cielo, cada vez más oscuro, y las rachas de viento y lluvia que nos amenazaban parecían avisarnos de que ya era hora de que nos fuéramos de allí y dejáramos que la noche y los elementos se confundieran y devolvieran al lugar el respeto y la paz que les pertenecía. En la furgoneta cargamos las ánforas primeras, mientras Carlos terminaba de extraer la última, que Manolo Troncoso cargaría en su coche. Ya era de noche, y la lluvia se había entusiasmado cuando llegamos al Ayuntamiento para depositar las nuestras, con gran satisfacción de D. Pedro Gutiérrez, que en un Ayuntamiento solitario trabajaba en su despacho.

[...] Se consiguió permiso escrito, que aún conservo, para excavar en el arroyo del Cortijo Rosalejo, con objeto de continuar la búsqueda de tumbas del cementerio romano de la carretera de Morón. Allí fuimos tocando, buscando con cuidado, pero la tierra, ya seca y muy endurecida, dificultaba mucho la labor y mucho más en un lugar tan lejano y solitario y con aficionados poco acostumbrados, que solo podían ir los domingos por la mañana.

Solamente lo intentamos dos domingos, localizando una nueva tumba, de la que, sin tocarla, dimos aviso al Sr. Collantes de Terán, que vino a descubrirla. Vicente Romero Muñoz, amigo de la Arqueología que nos acompañaba, recogió la vivencia en su libro «Alcalá de Guadaira»; era la humilde tumba de las cenizas de un incinerado, vasallo de la lejanísima Roma Imperial, al que no olvidaron colocar su moneda para Caronte, el barquero que lo pasaría al «otro lado». La moneda era del emperador Claudio, o sea, de hacía cerca de dos mil años (García Rivero 1997: 409-410 y 421).

Pudimos recabar más información sobre la Necrópolis del Rosalejo y las ánforas allí localizadas en el libro titulado *Alcalá de Guadaira*, de V. Romero (1975). Este otro autor, además de arrojar nuevos detalles sobre tales contenedores y el contexto del hallazgo, se atrevió a ofrecer una difusa categorización –no sabemos si cronocultural o tipológica– sobre los mismos, definiéndolos como ánforas cretenses:

Había llovido sobre la vega del Guadaira. El arroyo de la Salud, desbordado, lamió las tierras hasta dejar al descubierto unas losas. Un tractorista vio relucir una lápida grande, plana, y tuvo la corazonada de todos los ilusos: el tesoro. Removió con saña: encontró cenizas y algunas vértebras. Nada menos que restos humanos.

No necesitó más la afición arqueológica. [...]. En una tarde se encontraron seis o siete enterramientos y empezaron a salir ánforas. Bellísimas ánforas cretenses de base puntiaguda.

Por la ciencia oficial vino don Francisco Collantes. A su presencia se descubrió una tumba. Como a medio metro bajo el suelo encontramos dos losas grandes formando tejado; en su cobija, nuevos restos humanos calcinados. No podré olvidar la exhumación.

Caía la tarde, y un leve céfiro ondulaba las mieses. Sus pequeñas raíces, extendidas por todo el subsuelo, se hundían entre las losas que movíamos. Durante dos milenios, estas tumbas fueron asiento y sustento del trigo. Sería triste, si no fuera grandioso, que la arcilla humana haya sido harina, y pan y hombre, y luego ceniza, en un ciclo tantas veces repetido

No era rico este hombre. Quemaron su cadáver, junto con la parihuela de pino y las pobres ropas que llevaba puestas. Sólo se salva la moneda para pagar la barca de Caronte. Es del César Claudio I, esposo de Mesalina, escándalo de Roma, y padre adoptivo de Nerón, cuyo solo nombre estremece al Imperio.

Este hispano, de los tiempos de Cristo, tal vez nació donde murió, en plena vega; la puso en riego con su sudor, y la roturaba con su arado romano; no acabaría de entender el latín oficial; soportó las rapiñas romanas y las venganzas de sus compatriotas. Descansó durante veinte siglos hasta que hemos venido a turbarlo.

Era gente de paz. No hubo músicos en su entierro, ni plañideras, de lamentos mercenarios, ni histriones para copiar sus gestos o repetir sus frases más brillantes. No hubo cortejo de esclavos ni libertos que lo bendijesen, ni redobles militares, ni cohorte para enarbolar sus insignias y trofeos.

Lo dejaron aquí cuando no habían desembarcado Santiago ni Pablo. No escuchó elogios fúnebres. Quizás se fue de la vida sin haberse oído elogiar. Acaso todos le exigieron, mientras estuvo vivo. No hay artes plásticas en la muerte ni en la tumba de un pobre villano. El llanto de los hijos también riega la tierra. Pero vale más que un mausoleo y que un discurso de circunstancias en el Foro.

Algo más allá, hasta diez ánforas simétricamente dispuestas. Sin duda, un depósito del modesto cementerio, que espera en vano sus muertos desde hace dos mil años. Ánforas estilizadas, clásicas, perfectas, blandas como el terreno. Otra vez la arcilla como tema de meditación. Llenas de trigo, clavadas en la bodega de un barco, hubiesen surcado el Mare Nostrum. Roma consumía con avidez los cereales, y arrojaba los tiestos a las afueras. Así nació el Monte Testacio.

Pero éstas se quedaron aquí, aguardando más noble destino. Tumbas, y no envases. Lo que pasó no lo sabremos nunca. Seguirán vacías, aunque llenas de secreto.

Cuando la noche se acerca, en el cementerio romano de la vega, el sencillo labriego se hunde otra vez media vara en la corteza del planeta, como hace dos mil veranos (Romero 1975: 95-96).

Además, el autor publica en su obra una fotografía en color de uno de los ejemplares anfóricos (fig. 2, izq.), junto a otra imagen de piezas que -presuponemos- deben proceder del mismo yacimiento arqueológico (fig.2, dcha.).

DE ÁNFORAS CRETENSES A ÁNFORAS ROMANAS DE LA BAHÍA DE CÁDIZ: UN ANÁLISIS CRÍTICO Y TIPOLÓGICO PARA LA ENMIENDA DE UN ERROR CLASIFICATORIO

La categorización que V. Romero (1975: 94-95) dio de estas ánforas mediante el adjetivo «cretense», además de ser errónea, podría generar confusión tanto en los interesados por la historia alcalaense como entre los expertos no doctos en ceramología que asumieran el dato tal cual.

Algunos podrían llegar a imaginar que se trataran de vestigios frutos del comercio o de intercambios esporádicos entre locales y la civilización cretense, muy anterior a la romana, ya sea de forma directa o mediante intermediarios. A todas luces, esta casuística carece de lógica considerando que el yacimiento de procedencia se fecha en época romana (Buero y Florido



Ilustración 2: Materiales de época romana localizados en la década de 1960 por los «Amigos de la Arqueología» en el yacimiento de la Necrópolis del Rosalejo (Alcalá de Guadaira, Sevilla). Fotografía: V. Romero (1975: 94).

1999: 63-64), a menos que se quisiera fantasear con una fase de ocupación prerromana del sitio para la Edad del Bronce. Sin embargo, el examen de las fotografías de estas ánforas (figs. 1 y 2, izq.) permite descartar tal hecho rotundamente, pues sus rasgos nada tienen que ver con los contenedores minoicos que se conocen: estos destacan por estar ricamente decorados con motivos florales, líneas onduladas, figuras de animales marinos como pulpos, crustáceos, moluscos, etc. (fig. 3). Si bien existe cierta diversidad morfológica, en términos generales suelen ser contenedores relativamente pequeños, de tendencia globular, cordiforme o piriforme. Continente y contenido deben interpretarse como productos de lujo y de prestigio que no pueden disociarse de la economía palaciega de la civilización minoica.

Los ejemplares de la Necrópolis del Rosajejo son claramente ánforas de época romana, lo cual es coherente si tenemos en cuenta el resto del contexto arqueológico en el que se hallaron. Ahora bien, quien no examinase las fotos de éstas, aun dándolas por romanas, podría llegar a pensar que se corresponden con el tipo de ánforas vinarias denominado en la bibliografía como *Crétoise* o cretense, no por ser de época minoica, sino por su fabricación en talleres de la isla de Creta durante el periodo romano. Existen a su vez cuatro variantes de este tipo anfórico: *Crétoise* 1, *Crétoise* 2, *Crétoise* 3 y *Crétoise* 4 (fig. 4). Los rasgos elementales de las mismas pueden determinarse a través del UOS (2014) y de los trabajos de S. Markoulakiet *al.* (1989) y de M. Sciallano y P. Sibella (1991: 92-94).



Ilustración 3: Ánforas minoicas del Museo Arqueológico de Heraklion. Procedentes de Palaikastro. Datación: 1500-1450 a. C. (Periodo Neopalacial o de los Segundos Palacios). Izda.: Ejemplar de «estilo marino» con motivo de pulpo. Fotografía de W.Sauber. Imagen de dominio público 3. Dcha.: Ejemplar de «estilo floral» con motivos de flores de papiro. Fotografía de Zde (CC BY-SA 4.0)4.

Las ánforas *Crétoise* 1 (=BenghaziMid-RomanAmphora2; =Peacock&Williams 41; =Agora G197) se caracterizan por tener un borde recto a modo de collarín, con un pequeño escalón que marca la transición hacia el cuello. Presentan un cuello corto y estrecho, y un par de asas de sección circular que se disponen arqueadas desde la mitad del cuello hasta el hombro del recipiente. Su cuerpo es alargado y cilíndrico, con una base convexa rematada con una pequeña protuberancia o pezón que se proyecta levemente hacia el exterior a modo de minúsculo pivote. Su altura ronda los 60 cm aprox. Se fechan entre comienzos del siglo I y mediados del IV d. C. Se fabricaron en talleres cretenses de la zona central, oriental y occidental de la isla (p. e. Dermatos, Palaiochora, Trypitos, Lagada, etc.), consumiéndose a nivel local y exportándose especialmente hacia otros puntos del Mediterráneo oriental, Grecia, el norte de África e Italia.

Las ánforas *Crétoise* 2 (=BenghaziEarlyRomanAmphora 1; Peacock&Williams 39; =Pompéi VIII; =Dressel 36) se caracterizan por tener un borde engrosado, a veces biselado en su parte interna. El cuello del recipiente presenta un perfil ligeramente abultado o convexo. Las asas tienen tendencia arqueada y van desde la mitad del cuello hasta los hombros del recipiente, si bien la parte superior de sus arcos se eleva para coincidir en altura con el borde del contenedor. En cuanto a sección, se ha constatado dos tipos de asas, planas y bífidas. El cuerpo del ánfora es de tendencia ovoide o piriforme, si bien algunas variantes pueden tener una pequeña carena a la altura de los hombros. La base del recipiente es de tendencia convexa, rematándose con un minúsculo pivote a modo de pezón o pequeña protuberancia. Tienen una altura que oscila entre los 60 y 80 cm. Este tipo de ánforas se fecha entre comienzos del siglo I e inicios del III d. C. Su producción está atestiguada en la parte central, oriental y occidental de la isla de Creta (p.e. en Herakleion, Dermatos, Nopighia, Lagada, etc.). Se difundieron tanto en el propio ámbito cretense como en otras zonas tales como Grecia, Egipto y otros puntos del norte de África, Italia e incluso se han localizado en pecios del sur francés.

Las ánforas *Crétoise* 3 (=Pompéi X) se agrupan en torno a dos subtipos formales (A y B). La variante A tiene un tamaño algo más grande (50-60 cm aprox.). Presenta un borde engrosado, dos pequeñas asas curvas de sección ovalada que van directamente de los hombros al cuello, y un cuerpo cilíndrico rematado con un minúsculo pivote a modo de pezón o pequeña protuberancia. La variante B es de un menor tamaño (30/40-50 cm

aprox.), teniendo un borde vertical, dos asas largas y arqueadas que nacen en el hombro, se elevan hasta el borde y descienden para unirse al cuello. El cuerpo del recipiente es ovoide, estando rematado por un pivote corto y hueco. Ambas variantes se fechan entre principios de siglo I y mediados del III d. C., produciéndose en la costa sur (Dérmatos) y noreste (Trypitos) de Creta. Su distribución tuvo lugar sobre todo en la misma isla, exportándose también a otras zonas de Grecia como Atenas, pero también está presente en el norte de África (Alejandría), en la península itálica (Pompeya) y en la costa sur francesa (Fréjus, Narbona).

Las ánforas *Crétoise 4* (=Dressel 43) tienen un borde levemente engrosado a modo de collarín por encima del cuello del recipiente, con un diámetro de 6-9 cm. Algunas variantes del borde pueden estar un poco exvasadas al exterior. Su cuello es largo y cilíndrico, transitando suavemente hacia un cuerpo también de forma cilíndrica que, conforme se aproxima a la base, adquiere forma de embudo. El contenedor está rematado en su base por un pequeño pivote a modo de pezón o pequeña protuberancia. Las asas del recipiente, de sección circular, van desde el hombro hasta el cuello, caracterizándose por adoptar en su parte superior forma de pico. Las ánforas *Crétoise 4* se inspiran o recuerdan formalmente a las ánforas imperiales de tradición rodia (*Rhodian Type Amphora*), si bien los contenedores cretenses son más pequeños y de paredes menos gruesas, con una altura que oscila entre los 50 y 67 cm y una capacidad de 10-15 litros. Asimismo, su cuerpo es más cilíndrico y ancho que el de las rodias, y el ascenso de las asas a modo de pico suele situarse por encima del borde del contenedor. Su cronología se mueve entre comienzos del siglo I y mediados del III d. C., produciéndose en los alfares cretenses de Dermatos, Knossos, Tsoutsourosy Herakleion. Se distribuyeron sobre todo por la misma isla de Creta, pero también en distintos puntos del Mediterráneo oriental, el norte de África, la península itálica, Francia, Gran Bretaña, la baja Alemania, etc. Los *titulipicti* conocidos para estos recipientes anfóricos hacen alusión al contenido de vino y de frutas (manzanas).

Como puede observarse, ninguno de estos cuatro tipos de ánforas cretenses de época romana presenta las características morfológicas de los contenedores hallados en el yacimiento de la Necrópolis del Rosalejo (figs. 1, 2, 4 y 5).

Los autores firmantes de este trabajo hemos revisado tres de estos recipientes anfóricos –junto a otros artefactos procedentes del mismo sitio

arqueológico— depositados en el Museo de Alcalá de Guadaíra (fig. 5).³En el inventario de la colección arqueológica municipal del Museo de Alcalá de Guadaíra estos ejemplares aparecen igualmente mal clasificados. Las ánforas con N^{os} de Reg. 149 y 151 (figs. 5.1 y 5.3) se asocian al tipo Dr. 7-14, Oberaden 80-81 ó Vegas 53 (=Keay 25); mientras que aquella con el N^o de Reg. 150 (fig. 5.2) se asocia con el tipo Beltrán IV-B (=Dr. 14) (cf. Domínguez 2009: 81-83).

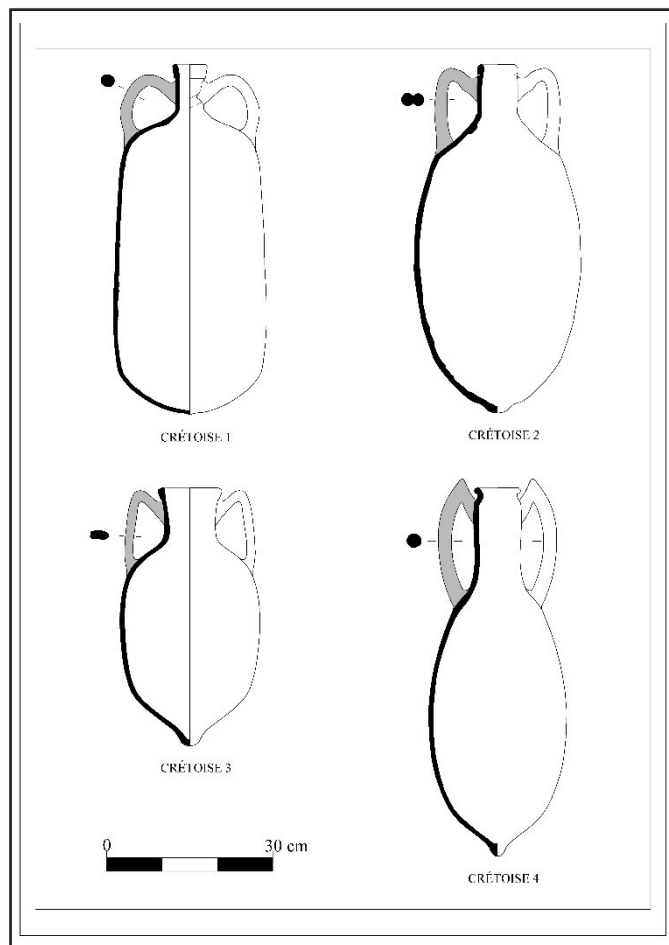


Ilustración 4: Ánforas romanas del tipo Crétoise o cretense.
Elaboración propia a partir de UOS (2014).

3. Estas tres ánforas pertenecen al Fondo Histórico del Museo y tienen los N^{os} de Registro 149, 150 y 151 (figs. 5.1, 5.2 y 5.3 respectivamente). Creemos que se tratan de los ejemplares que los «Amigos de la Arqueología» entregaron al Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra en 1965, probablemente junto a otras piezas halladas en la necrópolis.

El examen de dichos recipientes permite inferir que se trata de ánforas grandes (1,12-1,13 m de altura)⁴, con la boca ancha (19,7; 18 y 21,5 cm de diámetro respectivamente) y acampanada, con el borde exvasado al exterior y de sección triangular, aunque levemente redondeada. Las asas, de sección oval, arrancan del hombro de los contenedores y ascienden de forma rectilínea, girando hacia el interior en su último tramo para morir justamente bajo el borde. El cuello es largo y cilíndrico, abriéndose suavemente para dar continuidad a un cuerpo piriforme que es rematado en su base con un gran pivote de forma troncocónica invertida y que además está hueco. Estos rasgos formales coinciden claramente con la variante B de las ánforas del tipo Beltrán IIB (=Augst 26, Augst 28, Ostia 58, Peacock & Williams 19), fechada entre finales del siglo I y comienzos del III d. C., siendo por tanto su datación más tardía que la de la variante A, de mediados a finales del siglo I d. C. (García Vargas 1998: 108-110; García Vargas 2000: 86-87; García Vargas *et al.* 2016).

Las ánforas del tipo Beltrán IIB se produjeron en múltiples *figlinae* de la costa bética, dispersándose los talleres entre el litoral onubense y el granadino, si bien el epicentro productivo de estas ánforas salsarias fue la Bahía de Cádiz y la campiña jerezana. Las pastas con las que fueron elaborados los ejemplares de la Necrópolis del Rosalejo se caracterizan precisamente por tener un color amarillento blanquecino y por estar bien depuradas, presentando un desgrasante muy fino en el que abunda el cuarzo detrítico, propio de la arena de playa, junto a chamota, óxidos de hierro y otros minerales. Este tipo de pasta es propio del entorno de la Bahía de Cádiz (García Vargas *et al.* 2016; Mateo 2015: 67). Por tanto, las ánforas de este yacimiento alcalareño no proceden de la isla de Creta, sino que debieron fabricarse en alguno de los talleres gaditanos de época altoimperial romana (cf. Lagóstenay Bernal 2004).

Este tipo de recipientes se empleaba para el comercio de *liquamen* y *muria*, aunque algunos ejemplares se usaron para contener vino, tal vez de la campiña jerezana (García Vargas *et al.* 2016). La distribución de las ánforas Beltrán IIB es amplia en toda la península ibérica, exportándose también hacia otras zonas tales como Gran Bretaña, Francia, la

4. La altura anotada se ha calculado sobre todo a partir de las ánforas con los N^{os} de Registro 149 –cuyo pivote está parcialmente roto– y 150 (figs. 5.1 y 5.2). El ejemplar con N^o de Registro 151 tiene una altura máxima conservada de 0,91 m aprox., al haberse roto la pieza justo en la unión entre la panza del ánfora y el pivote (fig. 5.3).

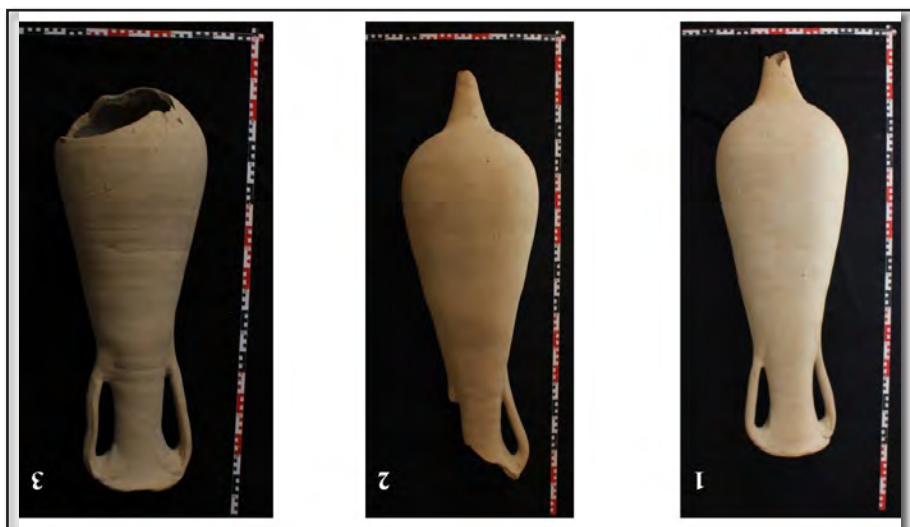


Ilustración 5: Ánforas del tipo Beltrán IIB, var. B de la Necrópolis del Rosalejo. Los ejemplares se encuentran depositados en el Museo de Alcalá de Guadaíra (Sevilla) con los N.º de Registro 149, 150 y 151.

península itálica, el norte de África, el *limes* renano-danubiano e incluso puntualmente hacia el Mediterráneo oriental y más allá de las fronteras del Imperio (García Vargas y Camacho 2005: 115; García Vargas *et al.* 2016; UOS 2014). Por tanto, no es de extrañar su localización en el término municipal de Alcalá de Guadaíra, pues responde a la distribución y comercialización de salsas de pescado y de salazones desde las *cetariae* gaditanas, y en menor medida de *vinum* desde la campiña jerezana, hacia el interior de la provincia *Baetica*, muy probablemente a través del río Guadalquivir (García Vargas y Camacho 2005: 115-121). De hecho, los mismos tipos de ánforas están también presentes en los yacimientos arqueológicos alcalareños del Cerro del Castillo –Beltrán IIB, var. A– (García Vargas 2016: 55, fig. 6.6) y del Cortijo Bucaré II –Beltrán IIB, var. B– (Buero y Florido 1999: 68 y 226, fig. 14.16); pero también son muy frecuentes en otros yacimientos andaluces próximos a las riberas del Guadalquivir y de sus principales afluentes (García Vargas y Camacho 2005). Con ello queremos decir que el hallazgo de estos recipientes en el entorno alcalareño carece de excepcionalidad, pues en época romana este territorio estuvo plenamente inmerso en las dinámicas comerciales que pivotaban en torno a la navegabilidad del río *Baetis*.

Recapitulando lo hasta ahora dicho, podemos afirmar que el riguroso análisis tipológico permite descartar que las ánforas halladas en 1965 en la Necrópolis del Rosalejo sean cretenses, ya sea en su adscripción al mundo minoico o al romano. Tampoco resulta muy certera la adscripción tipológica que hasta el momento tenían en el inventario del Museo de Alcalá de Guadaíra. Los rasgos formales de estos recipientes anfóricos coinciden exactamente con el tipo de ánfora romana definido como Beltrán IIB, var. B, destinadas sobre todo al comercio de salazones y en menor medida al de vino; mientras que la caracterización de sus pastas permite afirmar que las ánforas fueron fabricadas en alfares del entorno de la Bahía de Cádiz.

DE LOS OBJETOS AL YACIMIENTO: REVISIÓN DE VIEJOS DATOS PARA UNA NUEVA LECTURA DEL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

La redefinición tipológica de estos ejemplares anfóricos (*vid supra*) invita igualmente a revisar críticamente el resto de materiales arqueológicos conocidos para el yacimiento de la Venta El Parrao / Necrópolis del Rosalejo. Gracias a dicha revisión podremos ofrecer una serie de matizaciones sobre la cronología y la funcionalidad de este sitio arqueológico. Considerando tanto los resultados de la prospección arqueológica superficial que se llevó a cabo en el lugar entre los años 1987 y 1988 (Buero y Florido 1998: 17-18; Buero y Florido 1999: 63-64) como el hallazgo casual de restos y su exhumación por parte de aficionados en 1965 (*ABC* 1965; García Rivero 2006: 409; Romero 1975: 95-96), distinguiremos, de una parte, la materialidad arqueológica del hábitat rural en sí mismo (Venta El Parrao) y, de otra parte, los restos localizados en su necrópolis anexa (Necrópolis del Rosalejo).

EL HÁBITAT RURAL DE LA VENTA EL PARRAO

Las arqueólogas que prospectaron este yacimiento alcalaño a finales de la década de 1980 (Buero y Florido 1999: 63-64) lo emplazaron en torno a la coordenada geográfica UTM X 256200 / Y 4127600 (huso 30)⁵. Dicha coordenada se encuentra más o menos entre los kilómetros 9 y 10 de la carretera que va de Alcalá de Guadaíra a Morón de la Frontera (A-360), distribuyéndose el yacimiento a ambos lados de la misma. Las

5. La coordenada ofrecida en el cuerpo del texto se trata de una adaptación al formato moderno de aquella otra anotada por las autoras en su obra: UTM 30STG562276 (hoja 1003).

vías pecuarias más cercanas son los cordeles del Gallego (aprox. a 1,5 km al SO), de Mairena (aprox. a 1,7 km al O) y de Utrera a Carmona (aprox. a 2,9 km al SE). El yacimiento se ubica en una zona relativamente llana a unos 48-50 m s.n.m., e inmediata a la margen izquierda del Arroyo de Guadairilla, en su confluencia con el Arroyo del Rosalejo o de La Salud. Se encuentra, por tanto, en plena zona de campiña, en un ambiente edáfico caracterizado por la presencia de fluvisoles calcáreos, cambisoles cálcicos con regosoles calcáreos y luvisoles cálcicos. Estos tipos de suelos tienen un potencial agrológico medio, siendo especialmente óptimos para la horticultura y, de estar bien drenados, para el cultivo de cereal, vid y olivo; pero también pueden dedicarse —especialmente cambisoles con regosoles y luvisoles— al cultivo arbóreo, zonas de dehesa, uso forestal y/o pastos (Garrido 2011: 12; Pérez-Aguilar 2018: 173).

Al haber sido el sitio georreferenciado mediante una única coordenada y no mediante poligonación, desconocemos exactamente su superficie en términos de hectáreas o m². La única referencia que tenemos a la extensión del yacimiento se basa en criterios subjetivos y cualitativos. Según las prospectoras, el sitio arqueológico “es de gran extensión y aparecen abundantes restos constructivos (ladrillos, *tegulae*, sillares, *opus signinum*, *opus caementicium*, *tesellae* de mosaicos, molinos, placas de mármol,...) dispersos y muy destrozados por las labores agrícolas” (Buero y Florido 1999: 63).

Entre la cerámica fina de mesa localizada distinguen fragmentos de *terrasigillata* hispánica, dibujando un ejemplar que no clasifican tipológicamente (fig. 6.1). Atendiendo a los rasgos formales de la pieza, creemos que puede corresponderse con el fragmento de un plato de la forma 15/17 —aunque tampoco descartamos que se trate de un vaso de la forma 33—, al presentar el ejemplar una pared lisa y vertical, ligeramente exvasada al exterior, y con borde romo. Este tipo de piezas se fechan en los talleres del sur hispano (Andújar, Granada, Antequera, Alameda, Teba) entre el siglo I y la primera mitad del II d. C. (Fernández y Ruiz 2005). También documentaron galbos de *terrasigillata* gálica, producto de importación alto frecuente en todo el Bajo Guadalquivir y que en términos generales se fecha entre el cambio de era y el tercer cuarto del siglo II d. C. (Roca 2005). Se han localizado también ejemplares de *ARS-A*, un repertorio cerámico importado desde talleres de *Africa Proconsularis*, si bien las autoras no clasifican tipológicamente ninguna de las

formas dibujadas (cf. Buero y Florido 1999: 63 y 223)⁶. La revisión que hemos hecho de las ilustraciones nos ha permitido distinguir el borde de un plato del tipo Hayes 3C (fig. 6.5), una forma antigua de *ARS-A* que se fecha en la segunda mitad del siglo II d. C. (Serrano 2005: 230). El yacimiento también cuenta con un par de formas tardías de *ARS-A*. De una parte tenemos el borde de un cuenco del tipo Hayes 16 (fig. 6.4), que se fecha entre finales del siglo II e inicios del III d. C. (Bonifay 2004: 159). De otro lado hay un borde de plato del tipo Hayes 24, el cual presenta un motivo decorativo zoomorfo en relieve aplicado que no hemos podido definir con rigor, si bien podría tratarse de la parte trasera de una liebre o de un felino (fig. 6.6). Dicho ejemplar se fecharía entre finales del siglo II e inicios del III d. C. (Carandini y Tortorella 1981: 145-146; Hayes 1972: 48-49). De la provincia africana de Bizacena proceden fragmentos de *ARS-C*, entre los cuales las prospectoras distinguieron únicamente el borde de una fuente del tipo Hayes 50 (fig. 6.7). La revisión de su dibujo nos ha permitido además concluir que se trata de la variante A de dicha forma, fechada entre el segundo cuarto del siglo III y el primer cuarto del siglo IV d. C. (Serrano 2005: 239). Igualmente, se han documentado fragmentos de *ARS-D*, producción cerámica fabricada en talleres del entorno de Cartago y de otros puntos del actual Túnez septentrional y central. Las prospectoras logran distinguir concretamente dos formas: un borde de plato del tipo Hayes 59 (fig. 6.8) y un ejemplar de plato o fuente del tipo Hayes 61A, del que no presentan dibujo. El primero de ellos está correctamente clasificado a nivel tipológico. El fragmento es tal que es imposible determinar si se trata de la variante A o B de la forma Hayes 59, lo que invita a fechar el ejemplar asignándole la cronología genérica de la forma, esto es, entre el segundo cuarto del siglo IV y el primer cuarto del siglo V d. C. (Serrano 2005: 246). No podemos cerciorar si la otra forma de *ARS-D* está bien clasificada tipológicamente, aunque creemos que podemos fiarnos de la asignación que las autoras le dan, ya que para otros yacimientos alcalaños la forma Hayes 61A está correctamente identificada por ellas (cf. Buero y Florido 1999: 231, fig. 19.4;

6. A la hora de hablar de los distintos tipos de vajilla fina de mesa de origen africano, las autoras emplean las nomenclaturas abreviadas de N. Lamboglia de *terrasigillata* chiara A, C y D (t.s.c. A, C y D). A día de hoy su uso ha quedado desfasado entre los especialistas, quienes abogan por la utilización de la nomenclatura de J.W. Hayes de *African Red Slip Ware* (*ARS A*, C y D).

238, fig. 26.3; y 246, figs. 10 y 11). Este tipo de plato o fuente se fecha entre el segundo cuarto y finales del siglo IV d. C. (Serrano 2005: 247).

En la Venta El Parrao también se documentó cierta variedad de cerámica de cocina. Destacan ejemplares de importación africana como las cazuelas de los tipos Hayes 23A (fig. 6.3) y Hayes 23B (fig. 6.2). Las primeras se fechan entre la segunda mitad del siglo I y mediados del III d. C., mientras que las segundas se datan entre el siglo II y comienzos del V d. C. (Serrano 2005: 263-265). También se ha documentado el borde de una cazuela que imita la forma de cerámica africana de cocina Ostia III, 108 (fig. 6.9), cuya cronología oscila entre la primera mitad del siglo III e inicios del V d.C. (Serrano 2005: 266-267)⁷. De cerámica común de cocina se han hallado fragmentos de ollas de cuerpo globular con borde engrosado, romo y levemente exvasado al exterior (fig. 6.11)⁸. Éstas tienen una cronología amplia dentro del periodo romano (García Vargas *et al.* 2013: 284-285). El ejemplar de la fig. 6.10 es definido por las prospectoras como un cuenco de borde horizontal del tipo Vegas 4 (Buero y Florido 1999: 63 y 223). Sin embargo, el examen del dibujo de la pieza permite descartar tal hecho, al tratarse de un recipiente de paredes gruesas y gran diámetro –superior a 27 cm–. Se trata más bien de un barreño o lebrillo de borde horizontal saliente o del tipo Vegas12A (Luezas 2002: 90-91), un contenedor multifuncional que pudo ser empleado tanto en labores de cocina como de servicio u otros usos domésticos y/o productivos. Su cronología también es amplia dentro del periodo romano, yendo desde la época republicana a la tardorromana (García Vargas *et al.* 2013: 272-274).

Del repertorio de cerámica común de mesa no se ofrecen dibujos de las piezas. En razón de ello, no podemos más que fiarnos de los datos tipológicos que las prospectoras anotan (Buero y Florido 1999: 63). Ellas distinguieron platos-tapaderas de borde ahumado de los tipos Vegas 16 y Hayes 196. Por tanto, tendríamos un repertorio de platos-tapadera que estarían emulando a

7. Las autoras clasifican esta pieza como un ejemplar del tipo Vegas 5 (Buero y Florido 1999: 63 y 223), que es asimilable a la forma de cerámica africana de cocina Ostia III, 267 (=Hayes 197) (Luezas 2002: 194). No obstante, los rasgos formales del ejemplar dibujado se asemejan más al tipo que anotamos en el cuerpo del texto (cf. Serrano 2005: 299).

8. Ejemplares que las prospectoras clasificaron bajo el tipo Vegas 1, tipología de ollas de cuerpo globular y borde vuelto hacia afuera que encierra una diversidad formal variopinta (Luezas 2002: 61). Precisamente por esto último, creemos que su uso carece de utilidad práctica a la hora de definir las formalmente.

las formas africanas Ostia I, 261; Ostia I, 262; Ostia I, 264 y Ostia II, 302 (cf. Vegas 1973: 50; Serrano 2005: 297). Estas imitaciones se fabricaron en la *Baetica* especialmente entre los siglos II y III d. C. (García Vargas *et al.* 2013: 279), aunque tampoco puede descartarse su perduración en época tardorromana (siglo IV-inicios del V d. C.). Se documentó igualmente una jarra del tipo Vegas 38, tipología que enmarca cierta diversidad formal en cuanto al cuello y el borde del recipiente, pero que en términos generales puede fecharse entre los siglos II/I a. C. y el I d. C. (Vegas 1973: 92-94).

Tampoco se ofrece ilustración alguna sobre la cerámica de almacenaje y/o transporte, si bien la presencia de un *dolium* y de ánforas queda constatada en el yacimiento (Buero y Florido 1999: 63). La cronología de los *dolia* suele ser amplia dentro del periodo romano, yendo desde época republicana a tardoantigua (Beltrán 1990: 260-261). Las prospectoras no señalan la tipología de las ánforas localizadas, aunque pensamos que podría coincidir con la documentada en la necrópolis –Beltrán IIB, var. B–, aun sin descartarse otras posibilidades.

También se localizaron en el sitio una serie de elementos de época romana que contribuyen a la caracterización funcional del yacimiento: un molino de mano, la *meta* y el *catillus* de un molino de sangre, así como distintas piezas de hierro e industria lítica tallada (Buero y Florido 1999: 63).

Atendiendo a la tipología arqueográfica que uno de nosotros (LGPA) propuso para los asentamientos romanos del Bajo Guadalquivir, tenemos que el sitio de la Venta El Parrao se enmarcaría dentro del tipo de yacimiento 3B (Pérez-Aguilar 2018: 399-400). Esta define a yacimientos que en términos cualitativos han sido descritos como de mediano-gran tamaño. Suelen tener abundantes restos constructivos de variada naturaleza (ladrillos, tégulas, sillares, *opus caementicium*, *opus signinum*, etc.), destacando entre ellos elementos de carácter decorativo (teselas de mosaico, placas de mármol, etc.). En cuanto al repertorio cerámico, en ellos se constata cierta abundancia de vasijas de transporte y/o almacenamiento (*dolia*, ánforas), así como elementos asociados a entornos productivos (molinos). La densidad de vajilla de mesa (común y fina) y de cocina suele ser también alta y variopinta. Todo ello permite definir un tipo de núcleo de explotación agropecuaria con cierta suntuosidad de su estructura residencial, habiendo igualmente espacios productivos y de almacenaje. A nivel interpretativo podríamos correlacionar esta categoría arqueográfica con una *villa* romana de mediano-gran tamaño y con cierto desarrollo suntuoso de la residencia

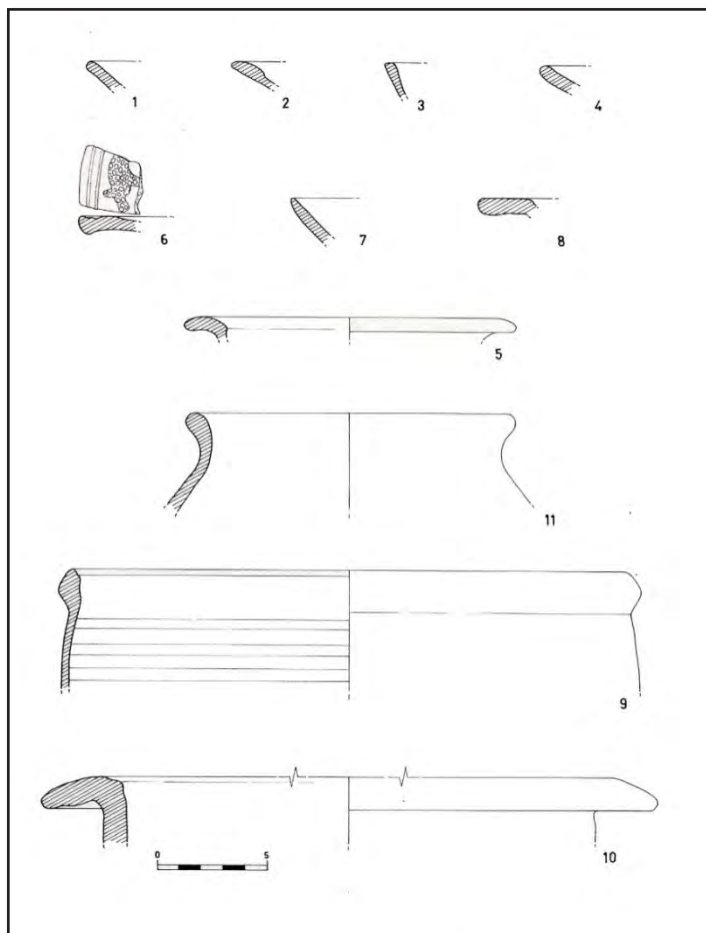


Ilustración 6: Dibujos de materiales arqueológicos del yacimiento de la Venta El Parrao (Buero y Florido 1999: 223).

dominical, disponiendo además de otros espacios destinados a las labores productivas del asentamiento (Pérez-Aguilar 2018: 1237-1239).

Coincidimos así parcialmente con la interpretación que en su día hicieron las prospectoras, quienes entendieron que el yacimiento debía tratarse “de una importante villa romana de lujo”, la cual pudo transformarse en un *vicus* en época tardoantigua (Buero y Florido 1999: 63). Menos claro vemos esto último, pues no existen evidencias literarias, epigráficas o toponomásticas que permitan sostener dicha categoría jurídico-administrativa para este enclave rural (cf. Pérez-Aguilar 2018: 393-394 y 399). Al desco-

nocerse en términos cuantitativos la extensión del yacimiento y la distribución espacial de los materiales en superficie, también resulta complicado proponer que la *villa* se terminó transformando en un espacio aldeano en la Antigüedad Tardía. Por tanto, y en atención a los datos conocidos, creemos que lo más sensato es interpretar el yacimiento como una *villa* altoimperial con perduración en la Tardoantigüedad. La prospección fecha este hábitat rural entre los siglos I y VI d. C. (Buero y Florido 1999: 63). Sin embargo dicha datación puede ser también matizada al calor de la revisión cronotipológica de los materiales que hemos llevado a cabo. La ocupación del asentamiento probablemente arrancó avanzado el siglo I d. C., prolongándose sin solución de continuidad hasta finales del siglo IV o inicios del V d. C. De este modo, la emergencia de la *villa* puede ponerse en conexión con la bonanza económica del entorno del Bajo Guadalquivir en época altoimperial romana (cf. Chic 2003; Reynolds 2007). Por su parte, la desocupación del enclave tal vez pueda correlacionarse con la denominada crisis del fenómeno villático, que en las provincias occidentales del Imperio tuvo lugar entre finales de la cuarta y la primera mitad de la quinta centuria (cf. Chavarría 2007).

LA NECRÓPOLIS DEL ROSAJELO

La relevancia ocupacional de la *villa* romana de la Venta El Parrao debió ser tal, que en sus inmediaciones generó un área cementerial en la que se dieron sepultura a sus habitantes: la Necrópolis del Rosalejo. Hasta la fecha, en ella no se han acometido excavaciones arqueológicas regidas por una metodología científica. Su hallazgo fue casual (*ABC* 1965), exhumándose algunos de sus restos por parte de aficionados (García Rivero 1997; García Rivero 2006; Romero 1975). Precisamente por ello la información que tenemos resulta problemática en clave interpretativa, pues no existe documentación exhaustiva del registro arqueológico en términos espaciales y estratigráficos. Por tanto, sólo podemos hacer una ligera aproximación a su realidad material a través de algunos datos recogidos por la prensa y por algunos de estos aficionados, así como a través de algunos apuntes que ofrecen M. S. Buero y C. Florido (1999: 63-64), quienes llegaron a consultar la libreta de anotaciones de uno de ellos. También hemos estudiado piezas provenientes de este contexto funerario en el Museo de Alcalá de Guadaíra, aunque no podemos correlacionarlas con tumbas concretas sino con la necrópolis en general.

La necrópolis se situaba en torno a la antigua Venta El Parrao (Buero y Florido 1999: 63), cerca del km 9 de la carretera de Alcalá de Guadaíra a Morón de la Frontera (*ABC* 1965), en las inmediaciones del Arroyo del Rosalejo o de La Salud (cf. *ABC* 1965: 61; García Rivero 2006: 409, fig. 295). De ser correcta la coordenada geográfica que M. S. Buero y C. Florido (1999: 63) dan sobre la *villa*, tenemos que su cementerio se emplazaría al O de ésta.

En cuanto al número de tumbas halladas no existe consenso entre las fuentes informantes. La noticia de *ABC* (1965) permite deducir que se localizaron un total de 5 tumbas de cremación bajo cubiertas de téglulas. Sin embargo, también detalla que se encontraron 7 ánforas y una vasija grande de almacenamiento con dos figuras humanas grabadas, pero sin concretar su posible naturaleza de contenedores funerarios. La noticia también permite inferir que en una de estas tumbas de cremación se encontró un cráneo, un hueso largo y otros tantos pequeños, así como una moneda de bronce y un par de platos elaborados con barro rojizo –tal vez de *terrasigillata* hispánica–. Muy posiblemente esta tumba sea la misma que, según F. García Rivero (1997: 421; 2006: 409) y V. Romero (1975: 95-96), se excavó en presencia de F. Collantes de Terán y que contenía una moneda del emperador Claudio (años 41-54 d. C.), quizás identificada por dicho profesor. En la noticia de *ABC* se hace también alusión al hallazgo de un recipiente de vidrio semejante a un florero –posiblemente un ungüentario– y a dos monedas más de bronce de Claudio, no sabemos si halladas junto a un par de ánforas pequeñas o en el interior de éstas.

Por su parte, V. Romero (1975: 95-96) anota el hallazgo de unas 6 ó 7 tumbas de cremación bajo cubiertas de *tegulae*, dando el dato específico de que aquella que se descubrió ante Collantes tenía por techo un par de téglulas. Este autor sí arroja algo más de información sobre las ánforas. Según él, estaban vacías y formaban un depósito. Interpretó que tal vez se tratase de un conjunto de recipientes que se apiló para ser a posteriori utilizados como contenedores funerarios, algo que nunca ocurrió. El autor publica un par de fotos con materiales procedentes de la necrópolis (fig. 2). Una de ellas se corresponde con una de las ánfora Beltrán II B, var. B, posiblemente procedente del depósito al que se hace referencia en el texto. En la otra foto aparece una serie de piezas que debieron formar parte de los ajuares de las tumbas: un cuenco de *terrasigillata* hispánica de la forma 27 fechado entre el tercer cuarto del siglo I y mediados del siglo II d. C. (Fernández y

Roca 2008: 312); una lucerna de volutas altoimperial; un ungüentario de vidrio del tipo Isings 28B datado entre finales del siglo I y los siglos III/IV d. C. (Salinas 2003: 54-57); una olla; una especie de brazalete de bronce y un ejemplar de metal no identificado –¿una pulsera o colgante?–.

M. S. Buero y C. Florido (1999: 63-64), por su parte, comentan que se localizaron unas 10 tumbas bajo tégulas a dos aguas y 1 inhumación en ánfora. Detallan también una lista de elementos que formaban parte de los ajuares de dichas tumbas: lucernas de disco, espejos, ungüentarios, cerámica de cocina, *terrasigillata* hispánica, monedas, fibulas, pendientes de oro, un carnero tallado, etc.

En el Museo de Alcalá de Guadaíra hemos podido estudiar una serie de piezas que también debieron formar parte de los ajuares de las tumbas de la Necrópolis del Rosalejo: una taza de cerámica de paredes finas del tipo Mayet XXXII (fig. 7.1), fechada en el siglo I d. C. (Mayet 1975: 64); un cuenco de *terrasigillata* hispánica de la forma 27 y un plato de la forma 15/17 (figs. 7.2 y 7.3), fechados entre el tercer cuarto del siglo I y mediados del II d. C. (Fernández y Roca 2008: 312); una lucerna de disco altoimperial (fig. 7.4); una lucerna de canal del tipo Dressel 5A (=Loesch. IX) con motivo decorativo de un gallo en el *discus* (fig. 7.5), fechada en la segunda mitad del siglo I d. C. (Celis 2005: 444)⁹; y un par de platos/cuencos de cerámica común romana (fig. 7.6).

Analizando esta información en su conjunto, podríamos decir que en la Necrópolis del Rosalejo coexistieron dos ritos funerarios, al haberse hallado entre 5 y 10 tumbas de cremación bajo tégulas y al menos 1 tumba de inhumación en ánfora. Los artefactos asociados a este espacio funerario nos permiten fecharlo como mínimo entre mediados del siglo I y la segunda mitad del siglo II d. C. La coexistencia de ambos ritos es algo normal en el registro arqueológico de otros tantos cementerios de la época, si bien con predominio de la cremación sobre la inhumación, que por regla general era reservada a gente muy pobre, a esclavos y a niños (Gestoso y López 2010: 43). Probablemente el único enterramiento en ánfora del que hay constancia se corresponda con una inhumación infantil, al emplearse estos contenedores frecuentemente para dar sepultura a los niños. Dicha prác-

9. Para profundizar en el simbolismo del gallo y de la gallina como motivos decorativos de lucernas halladas en contextos funerarios de época romana, véase Gómez *et al.* (2011: 91-92).



Ilustración 7: Materiales cerámicos procedentes de la Necrópolis del Rosalejo. Los ejemplares se encuentran depositados en el Museo de Alcalá de Guadaíra (Sevilla) con los N^{os} de Registro 148, 142, 145, 144, 143, 146-1 y 146-2.

tica puede asociarse a creencias religiosas vinculadas al retorno al vientre materno, simbolizado por el ánfora, pero también puede asociarse a una forma práctica de diferenciación de las tumbas infantiles respecto a la de los adolescentes y adultos (Pereira y Albuquerque 2018: 91 y 95).

No sería descabellado pensar que en la Necrópolis del Rosalejo hubiera más inhumaciones infantiles en ánforas. Como en su momento insinuó V. Romero (1975), el depósito de ánforas vacías podría ser una reserva de contenedores destinados a enterrar niños, habida cuenta de la alta mortalidad infantil que había en la época (cf. Pereira y Albuquerque 2018: 94).

Si bien ello nos parece una hipótesis probable—más aún cuando se localizó un enterramiento en ánfora— no podemos tampoco descartar otras posibilidades que nos expliquen dicho depósito de ánforas Beltrán IIB, var. B. En contextos funerarios estos recipientes podían utilizarse también como material constructivo de tumbas, como soporte de memoriales funerarios, como material constructivo de estructuras de la necrópolis, como ofrendas votivas, como testigos funerarios o marcadores espaciales de las tumbas, e incluso para construir canalizaciones destinadas a la realización ritual de libaciones (Pereira y Albuquerque 2018: 95). Ejemplos cercanos de estos otros usos los tenemos en las necrópolis urbanas de *Astigi* (Écija, Sevilla). Allí se localizó, justo al N de una tumba colectiva de cremación, un ánfora Beltrán IIB con un huevo de gallina en su interior, y varias tumbas de cremación donde aparecieron restos del mismo tipo de ánforas empleados como canales de libaciones; pero también se han documentado enterramientos infantiles en ánforas e incluso el uso de éstas como marcadores externos de tumbas (Tinoco 2004; Tinoco 2005).

CONCLUSIONES

Como se ha visto, los contenedores anfóricos localizados en la década de 1965 en la Necrópolis del Rosalejo no eran cretenses, sino ánforas gaditanas de época altoimperial romana que se empleaban para el comercio regional e interprovincial de salazones, salsas de pescado y, en menor medida, de vino. Probablemente los pobladores de la *villa* de la Venta El Parrao se abastecieron de ellas y, tras consumir el producto que contenían, las apilaron para ser reutilizadas en la necrópolis que dicho asentamiento rural disponía, un cementerio en el que predominaba el rito de la cremación, pero donde también se realizaron inhumaciones infantiles en ánforas. No obstante, tales contenedores podían tener otros usos secundarios dentro de dicha necrópolis, tales como la realización de ofrendas, la construcción de canales para hacer libaciones, su empleo como testigos funerarios o su uso en la propia edificación de las tumbas o como aparejo en la construcción de otras estructuras del cementerio. La necrópolis se fecha como mínimo entre mediados del siglo I y la segunda mitad del siglo II d. C., si bien la ocupación del asentamiento rural se prolongaría hasta finales del IV o inicios del V d. C. El origen gaditano de las ánforas evidencia el trasiego de productos desde la costa hacia el interior del valle del Guadalquivir, adquiriéndolas los pobladores de la *villa* que estudiamos en el mercado

local o comarcal. Este comercio también estaba abierto a la importación de vajilla fina de mesa gala, de talleres del sur hispano y del norte de África, trayéndose también desde esta última región cerámica de cocina.

BIBLIOGRAFÍA

- ABC (1965): “Los hallazgos arqueológicos de Alcalá de Guadaira datan, posiblemente, del siglo I de nuestra Era. Fueron extraídas ánforas y otras manufacturas de barro, y restos humanos”, *ABC*, Nº 19200. Miércoles 17 de marzo de 1965. Edición de Andalucía: 5 y 61.
- BELTRÁN, M. (1990): *Guía de la cerámica romana*. Libros Pórtico, Zaragoza.
- BUERO, M. S.; FLORIDO, C. (1998): “Aspectos de la romanización en Alcalá de Guadaira”, en *Actas de las V Jornadas de Historia de Alcalá de Guadaira*. Ayuntamiento de Alcalá de Guadaira, Sevilla: 13-48.
- BUERO, M.S.; FLORIDO, C. (1999): *Arqueología de Alcalá de Guadaira (Sevilla). Prospección arqueológica superficial del término municipal*. Ayuntamiento de Alcalá de Guadaira, Sevilla.
- BONIFAY, M. (2004): *Etudes sur la céramique romaine tardive d’Afrique*. Archaeopress, Oxford.
- CARANDINI, A.; TORTORELLA, S. (1981): “Ceramica africana. Terra sigillata: vasi. Vasiddecorati a matrice e a rilievoapplicato. Produzione A (A^{1/2}, A²) decorata a rilievoapplicato”, en A. Carandini (coord.), *Atlante delle forme ceramiche I. Ceramica fine romana nelbacino Mediterraneo (Medio e Tardo Impero)*. Istitutedella Enciclopedia Italiana, Roma: 144-147.
- CELIS, R. (2005): “Las lucernas”, en M. Roca y M.I. Fernández (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Universidad de Málaga, Málaga: 405-464.
- CHAVARRÍA, A. (2007): *El final de las villae en Hispania (siglos IV-VIII)*. Brepols, Turnhout.
- CHIC, G. (2003): “Andalucía romana y visigoda: perspectiva histórica actual”, en *Historia Antigua. Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*. Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba: 17-39.
- DOMÍNGUEZ, E. L. (2009): *Inventario de la Colección Arqueológica Municipal de Alcalá de Guadaira*. Documento inédito depositado en el Museo de Alcalá de Guadaira (Sevilla).

- FERNÁNDEZ, M. I.; Roca, M. (2008): “Producciones de *Terra Sigillata* Hispánica”, en D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas hispanorromanas. Un estado de la cuestión*. Universidad de Cádiz, Cádiz: 307-332.
- FERNÁNDEZ, M. I.; Ruiz, P. (2005): “Sigillata hispánica de origen bético”, en M. Roca y M. I. Fernández (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Universidad de Málaga, Málaga: 139-182.
- GARCÍA RIVERO, F. (1997): *Orígenes e historias de Alcalá de Guadaira*. Ayuntamiento de Alcalá de Guadaira, Sevilla.
- GARCÍA RIVERO, F. (2006): *Crónicas y Memorias de Alcalá de Guadaira*. Imprenta Oromana, Sevilla.
- GARCÍA VARGAS, E. (1998): *La producción de ánforas en la Bahía de Cádiz en época romana (siglos II a. C. - IV d. C.)*. Editorial Gráficas Sol, Sevilla.
- GARCÍA VARGAS, E. (2000): “La producción de ánforas «romanas» en el sur de *Hispania*. República y Alto Imperio”, *Actas del Congreso Internacional Ex Baetica Amphorae. Conservas, aceite y vino de la Bética en el Imperio Romano*. Vol. I. Editorial Gráficas Sol, Sevilla: 57-174.
- GARCÍA VARGAS, E. (2016): “Alcalá de Guadaíra antes del Castillo (II): la ocupación en épocas romana y post-romana”, en E. L. Domínguez y L. Cervera (coords.), *Castillo de Alcalá de Guadaira. Arqueología e historia*. Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra, Sevilla: 51-72.
- GARCÍA VARGAS, E.; BERNAL, D.; DÍAZ, J. J. (2016): “Beltrán IIB (Costa Bética)”, *Amphorae ex Hispania. Paisajes de producción y de consumo*. [Enlace](#). [Consultada a 17/09/2019].
- GARCÍA VARGAS, E.; Camacho, M. (2005): “El comercio del *garum* hacia el interior del valle del Guadalquivir. El papel de *Hispalis* y *Astigi*”, en *Actas del VII Congreso de Historia de Écija: Écija, economía y sociedad*. Vol. 1. Ediciones Gráficas Sol, Sevilla: 111-121.
- GARCÍA VARGAS, E.; Conlin, E.; Maestre, C. (2013): “El horno altoimperial del Cortijo del Río (Marchena, Sevilla). Tipología y producciones cerámicas”, en D. BERNAL, L. C. Juan, M. BUSTAMANTE, J. J. DÍAZ y A. M. SÁEZ (eds.), *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania*. Tomo I. Universidad de Cádiz y SECAH: 257-294.
- GARRIDO, P. (2011): *La ocupación romana del valle del Guadiamar y la conexión minera*. Tesis doctoral. Universidad de Sevilla, Sevilla.

- GESTOSO, D.; LÓPEZ, J. I. (2010): *La necrópolis altoimperial de Carteia y el mundo funerario romano*. Astarté-Estudio de Arqueología, Málaga.
- GÓMEZ, A.; PÉREZ-AGUILAR, L. G.; RUIZ, E. (2011): *Historia de Tomares. De la Prehistoria Reciente a la Edad Contemporánea*. Aconcagua, Sevilla.
- HAYES, J. W. (1972): *Late roman pottery*. The British School at Rome, London.
- LAGÓSTENA, L.; BERNAL, D. (2004): “Alfares y producciones cerámicas en la provincia de Cádiz. Balance y perspectivas”, en D. Bernal y L. Lagóstena (eds.), *Figlina Baeticae. Talleres alfareros y producciones cerámicas en la Bética romana (ss. II a. C.-VII d. C.)*. Vol. I. Archaeopress, Oxford: 39-124.
- LUEZAS, R.A. (2002): *Cerámica común romana en La Rioja*. Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
- MARKOULAKI, S.; EMPEREUR, J.-Y.; MARANGOU, A. (1989): “Recherches sur les centres de fabrication d’amphores de Crète Occidentale”, *Bulletin de Correspondance Hellénique*, 113.2: 551-580. DOI: [Enlace](#). [Consultada a 12/08/2019].
- MATEO, D. (2015): *Caracterización de pastas cerámicas procedentes de ánforas púnicas y romanas*. Universidad de Alicante, Alicante.
- MAYET, F. (1975): *Les céramiques a parois fines dans la Péninsule Ibérique*. E. de Boccard, Paris.
- Pereira, C.; Albuquerque, P. (2018): “Inumações infantis em ánfora na Península Ibérica durante a época romana: a prática e o rito”, *Spal*, 27.1: 89-118.
- PÉREZ-AGUILAR, L. G. (2018): *Termodinámica y poblamiento humano en el Bajo Guadalquivir durante la Antigüedad Tardía (siglos III-VI d. C.). Un enfoque darwiniano*. Tesis doctoral. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- REYNOLDS, P. (2007): “Cerámica, comercio y el Imperio Romano (100-700 d.C.): perspectivas desde Hispania, África y el Mediterráneo Oriental”, en M. Malpica y J. C. Carvajal (eds.), *Estudios de cerámica tardorromana y altomedieval*. Alhulia, Granada: 13-82.
- ROCA, M. (2005): “Terra sigillata sudgálica”, en M. Roca y M. I. Fernández (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Universidad de Málaga, Málaga: 115-137.
- ROMERO, V. (1975): *Alcalá de Guadaira*. Imprenta Guadaira, Sevilla.

- SALINAS, M. E. (2003): *El vidrio romano de Córdoba*. Universidad de Córdoba, Córdoba.
- SCIALLANO, M.; SIBELLA, P. (1991): *Amphores. Comment les identifier?* Edisud, Aix-en-Provence.
- SERRANO, E. (2005): “Cerámicas africanas”, en M. Roca y M. I. Fernández (coords.), *Introducción al estudio de la cerámica romana. Una breve guía de referencia*. Universidad de Málaga, Málaga: 225-303.
- TINOCO, J. (2004): “Informe de la I.A.U. en el Sector E-38. 1ª fase, Residencial «La Algodonera» de Écija, Sevilla”, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 2001*. Vol. 2: 908-919.
- TINOCO, J. (2005): “Intervención arqueológica de urgencia en c/Bellidos 18, Écija (Sevilla)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 2002*. Vol. 2: 470-486.
- UOS (2014): *University of Southampton. Roman Amphorae: a digital resource [data-set]*. Archaeology Data Service, York. DOI: [Enlace](#). [Consultada a 03/08/2019].
- VEGAS, M. (1973): *Cerámica común romana del Mediterráneo occidental*. Universidad de Barcelona, Barcelona.

AGRADECIMIENTOS

Queremos dar las gracias al Museo de Alcalá de Guadaíra, especialmente a su director Francisco Mantecón, por las facilidades que nos han dado a la hora de estudiar las piezas arqueológicas procedentes de la Necrópolis del Rosalejo. Debemos igualmente agradecer al profesor Enrique García Vargas su predisposición por aclararnos algunas cuestiones relacionadas con el estudio de las ánforas.

